

P O E M A S

POR

ALFONSO EMILIO PEREZ

TURBIO SILENCIO

I

*Carne y sangre, Señor, estremecidas
en la inminente víspera del goce.
Ansia multiplicada por el roce
de innumerables tórtolas heridas.
Ojos en tibio vuelo adolescente
de la espiga a la flor y de ella al ave;
mano que, en su torpeza, apenas sabe
acariciar un seno dulcemente.
Esto soy yo, Señor. Ardiente llama,
turbio silencio, desigual desvío.
En mis adentros fluye un blando río
que a Tu inminencia crece y se derrama.
Y mi dolor, en agrio desvarío,
sueña tu luz y tu silencio clama.*

II

*A veces las palabras dulcemente se mueren.
Hay un silencio espeso de flor apisonada,
y nos quedamos grises, yertos, desalentados,
propicios a la lumbre del misterio y del llanto.
Agudamente un ángel por las frentes resbala:
el ángel fugitivo que atentamente cela
la callada presencia de las cosas sin nombre.
A su tacto resbalan torres de pensamiento,
castillos de palabras heridamente firmes.
En el silencio el ángel de nada necesita.
Nos ofrece las cosas en su innumerable gozo.
Todo en todo. Presencia del "que sí" de las cosas.
Pero el ángel no dura. Retornan las palabras
y con ellas la sangre y el latir y la vida.
Las preguntas se agolpan y el silencio agoniza,
remoto el ángel mudo, velador húidizo
del desnudo silencio de las cosas sin nombre.*

III

*Aquí tengo mis manos
—¿son hojas o son flores?—
Yacen aquí, al acaso,
mis tercas manos, voces
de obstinado silencio.
Sus venas, como lenguas
sobre su blanco dorso,
deslizan su salobre
mar de callada música.*

*A veces se levantan
como encendidas crestas.
Siento entonces que todo
se apresura violento.
Las manos se estremecen
y olvidan su silencio,
su obstinado reposo.
Apresuradas, corren.
—¡Tacto, tacto!, reclaman.
Con ofrecida prisa
—¿son manos o son llamas?—,
ondulan, brillan. Cada
dedo, una flecha
que crece, que se lanza,
silbando.*

*(Ya las venas
olvidaron su quieto
menester de vigilia.)*

*Se apresuran, palpitan.
Su ardentísimo tacto
consume cuanto roza.
Buscan, buscan; presura
de destrucción. Son brasas.*

*Ahora, tan silenciosas
en su reposo:
¿aguardan?*

IV

*Apenas barro —tierra que sustenta mi grito;
apenas viento —soplo para Tu luz remota;
como la espiga —tierra también, cuajada en fruto—
me yergo para darte mi dolorosa ausencia.*

*¡Pesa tanto la tierra que me soporta y nutre
y es tan roja la sangre que me circula y arde,
que ya he olvidado todas las palabras más nobles
y a mi boca no brincan sino palabras duras!*

*Pero hoy tengo que darte todo lo que me pesa
para erguirme, si puedo, como la espiga ardiente.
Mi carne, turbia y roja, mi carne nunca quieta,
está sañudamente cargándome de tierra.
Pero yo quiero hablarte. Olvidé la palabra
y desvelar no puedo el silencio del viento,
la música celeste que derrama Tu nombre
según dicen aquellos que te tienen y guardan.*

*Yo sólo sé de sangre. De carne que se duele
de saber otras carnes, turgentes y remotas;
de noches dolorosas en un acecho oscuro,
de manos que se crispan y de labios que sorben
un morder silencioso, amargamente espeso.*

*He querido mil veces desgarrarme la carne
para arrancar la viva raíz que nos enciende
en un torpe manojo de flores que se rasgan.
¿Estás Tú allí? No puedo desatarme la carne
ya destrenzada, rota, de tanto desearte.*

*Y tu ausencia me dura. Sólo tengo mi noche
donde amontono sueños, y dolor y silencio;
ojos que me persiguen y carne: carne y sangre.*

*Mi barro es sólo eso. Algo que duele y goza,
que busca y que presiente. Por eso hoy he querido
llamarte con mi grito. Erguido, duro y agrio
mi grito se levanta, rojo de sangre y goce,
buscando lo que dicen que el silencio se guarda.*

V

INFANCIA RETORNADA

*Me recuerdo de niño
descubriendo los nombres,
las palabras. los signos.*

*Decía árbol, y era
un poblarse de pájaros
la tarde toda, bajo
las ramas altas.
Decía cántaro.
Un resonar fresquísimo
me llenaba los ojos,
los labios. Se volcaba
el agua tierna en las tinajas
y la palabra se quedaba
oliendo a barro, a casa,
a pozo.*

*Tenía palabras más secretas.
Pecado casi decir balsa.
Allí los niños se morían.
Pero era hermosa,
vegetal y redonda
con su collar de cañas.*

*Por la tarde venían
millares de palabras
a posarse, muy quietas,
en el cuaderno abierto.
Palabras grises,
sin relieve, sin lumbre:
pluscuamperfecto,
declinación, gramática...
A veces se metían
en el cuaderno algunas
que traían resonancias:
isla, desierto, fiera...*

*Los ojos se quedaban
entonces asombrados.
El papel era un río
o un mar, o un infinito...
Navegaban palabras
y la ventana abierta
las recibía distantes...*

*¡Alfonso! Me llamaban.
Y la palabra nueva
—mi nombre— me sonaba
a labios conocidos,
a juegos...
... a ternuras.*

Alfonso Emilio Pérez.
Colegio Mayor "Jiménez de Cisneros".
Ciudad Universitaria.
MADRID